

Don MANUEL BARROS BORGOÑO

DISCURSO LEIDO EN EL ATENEO DE SANTIAGO

POR

DON LUIS ESPEJO Y.

Secretario jeneral de la Universidad

Señoras, señores:

Es mui triste venir a tributar este homenaje de profundo duelo a la memoria de nuestro malogrado amigo, Manuel Barros Borgoño, en esta misma tribuna i en esta misma sala, donde hace pocos meses oimos resonar su voz robusta con todos los acentos de la esperanza i de la vida.

Se ha cortado el eslabon que lo ligaba a la existencia humana, i hoi solo su recuerdo flota en esta atmósfera de veneracion i de cariño.

Fuerte i animoso, dirijió su corazon al bien i consagró su actividad a la realizacion de un ideal.

Luchó por alcanzarlo, como luchan las almas jenerosas, con la visera alzada i el pecho descubierto.

En el torbellino de esa lucha, sentimientos benévolos i pasiones adversas lo rodearon. Sintió el calor de la amistad que retem-

pló su espíritu en las horas del desencanto i de la duda, i el hielo de la indiferencia recelosa i del interes herido que maltrataron su nombre i desconocieron sus virtudes.

Conquistó aplausos numerosos i ardorosas simpatías, i fué tambien el blanco de mezquinos odios i de exaltadas iras que pretendieron herir en su persona la idea rejeneradora que encarnaba.

Esa fué su vida, como es la vida de todo hombre que sabe cumplir con su destino.

Al fin cesó la lucha. La arena del combate está desierta. El adversario respetuoso i mudo.

Si Manuel Barros Borgoño pudo alguna vez perturbar el interes ajeno en nombre de una aspiracion comun, ya el impulso de su enerjía no se siente, la pasion egoista no le teme, los sentimientos contrarios que despertara su accion se apagan sobre su tumba abierta.

La arcilla de su efijie material está deshecha, i de ella surge ante la conciencia honrada la imájen impalpable i tranquila de su personalidad moral.

Noble es, sin duda, levantar este santuario póstumo a la fraternidad humana; pero ¿por qué solo a los muertos ha de reservarse siempre este tributo de justicia?

¡Cuánto mas grande i provechoso seria el trabajo de los buenos si, en el espontáneo concurso de todas las voluntades, encontrarán el estímulo que necesitan para realizar su vida!

Se afana el hombre por elevar su espíritu a la contemplacion de lo bello i de lo grande, consagra al cultivo de la verdad los mejores años de su existencia, llena su mente de pensamientos luminosos, dedica todas sus facultades al perfeccionamiento propio i al de su especie, sirve al progreso i al bienestar social con todo el candor de una alma sana, i cuando cree haber merecido siquiera el respeto de sus semejantes, sufre todavía el doloroso desconsuelo de ver siempre en torno suyo una multitud inconsciente que va sembrando el odio en su camino.

La fama, la gloria, los honores i hasta el cariño que le dan sus méritos no son mas que escalones de su calvario.

Sus actos mas nobles son con frecuencia desconocidos, vili-

pendiado su nombre, burlados sus propósitos, desfiguradas sus inspiraciones mas hermosas.

Solo cuando ha traspasado los umbrales de la muerte llega a despertarlo de su sueño, rompiendo el silencio de las eternas sombras, el fallo justiciero de los vivos.

Es necesario tener un corazon mui bien templado para salir triunfante de esta lucha donde se gasta tanto esfuerzo, i tanto viril ardor se pierde i se consume.

Manuel Barros lo tenia.

Dotado de un raro conjunto de cualidades intelectuales i morales, que su educacion desarrolló armónicamente i que la práctica de la vida contribuyó a fortalecer, su influencia habria sido mas manifiesta en nuestra sociedad, si en ella hubiera encontrado un medio preparado para recibirla.

Sin embargo, a pesar de esta falta de elementos propicios a la regular direccion de su actividad, no fueron pocas las ocasiones en que pudo revelarse el poder superior de sus facultades.

Tanto en los diferentes cargos públicos que le tocó desempeñar, como en el ejercicio mismo de su profesion, marcadas huellas han dejado su talento i su carácter. Pero lo que sobre todo distinguió su espíritu, no fué el predominio de una u otra de estas facultades, sino el justo equilibrio de todas ellas, la tendencia orgánica de su pensamiento i su lójica subordinacion a un fin social.

Si en parte, estas felices disposiciones fueron obra de los naturales atributos de su mente, ya que ninguna sistematizacion dogmática tuvieron, forzoso es reconocer tambien en ellas la influencia poderosa de una educacion científica completa, que dió orden i aplicacion normal a sus ideas.

El es, en efecto, un ejemplo del impulso que pueden imprimir las ciencias, bajo el simple réjimen de sus métodos, a la espontánea evolucion del ser moral.

Desde que, en el curso de sus primeros estudios, penetró en el dominio de la naturaleza, el campo de los fenómenos cosmológicos parece descubrirle un vasto horizonte de investigacion i

de saber. Si el cálculo matemático no logró impresionar vivamente su inteligencia, inclinada a otro jénero de conocimientos, la espermentacion física i química, mostrándole a la vez un mundo nuevo i una nueva manera de comprender las fuerzas que lo rijen, despertaron desde luego su curiosidad nativa i fijaron, en seguida, el rumbo posterior de sus especulaciones.

De tal modo lo atrajeron estos estudios, que aun en los últimos años de su vida i en medio de ocupaciones mui distintas, les consagró con gusto el tiempo reservado a su descanso.

Fueron ellos, en realidad, la mas enérgica i eficaz disciplina de su espíritu. Por ellos conoció el valor de la observacion exacta i de la espermentacion bien dirigida. Vió el resultado de estos métodos en los numerosos descubrimientos que constituyen los principios de esas ciencias, i pudo apreciar por sí mismo la solidez de sus construcciones.

Así fué penetrándose poco a poco de las bases positivas del razonamiento, i elevándose de la simple consideracion de los hechos, al determinismo de los fenómenos naturales i al concepto teórico de sus leyes.

Los primeros elementos de la induccion se inculcaron por este medio fuertemente en su cerebro.

Cuando el estudio de los seres vivos lo introdujo en un orden mas complejo de fenómenos, ya en su pensamiento jermaban ideas que lo apartaban mucho de la metafísica reinante, única escuela filosófica que preparaba entónces a la juventud.

La biología estaba llamada a conducirlo lójicamente a su definitiva vocacion.

Si las propiedades físicas de la materia bastan para manifiestarnos el juego i la continuidad de sus fuerzas i para darnos, por lo tanto, la nocion fundamental de la unidad cosmológica del Universo, el estudio de la vida, aun en su forma mas concreta, tiene el privilegio de subyugar nuestra alma por entero, llevándola a tocar directamente los mas graves i trascendentales problemas que puedan ofrecerse al interes humano.

Ver desfilar todos los seres de la creacion en no interrumpida serie de complicacion orgánica; conocer sus caracteres, sus relaciones i su historia; seguirlos en su evolucion al traves de las

edades; penetrar en el misterio de sus funciones, i sentir en la mas insignificante de sus partículas el mismo temblor vital que a nosotros nos anima; es, en efecto, mirar cara a cara el mas profundo arcano de la existencia i descorrer el velo de nuestro destino propio.

Fueron sin duda estas impresiones las que dominaban en Manuel Barros cuando al dejar las aulas del Instituto Nacional, abrazó resueltamente los estudios médicos que debian completar su educacion biológica.

Desde entónces los fenómenos de la vida, ya sea en sus manifestaciones jenerales, o ya en aquellas que afectan especialmente a la medicina fueron el objeto esclusivo de su pensamiento.

Distinguido alumno de nuestra Escuela Médica, tan pronto como hubo obtenido su título de bachiller, fué enviado por nuestro Gobierno a perfeccionar sus conocimientos a Europa, i allí se desarrolló un largo período de su existencia, que influyó tambien considerablemente en su preparacion intelectual.

Llegaba al viejo mundo cuando una renovacion científica completa abria hondos surcos i sembraba fecundísima semilla en el campo del saber.

Las antiguas ideas sobre las fuerzas físicas eran ventajosamente reemplazadas por un concepto mas jeneral de la enerjía que, estableciendo la lei de su conservacion i trasformacion indefinidas, no solo estendia a la interpretacion de las acciones químicas su dominio i daba luz a las investigaciones del sabio, sino que señalaba rumbos seguros a la industria i entregaba a la mecánica el mas poderoso resorte que ha hecho jugar en sus últimos descubrimientos.

La biología habia sido violentamente sacudida en toda la estension de sus diversas ramas, i sobre los hechos concretos acumulados por el tiempo, se habian levantado las bases de una ciencia abstracta que, aun en sus mas vastas jeneralizaciones, ya competia en certidumbre con las mismas ciencias cosmológicas.

La teoría de la evolución gradual de las especies, que Lamarck fundara en la influencia de los medios i en la trasmisión hereditaria de los caracteres, había encontrado reciente i más poderoso fundamento en los distintos factores que presiden la selección natural i la lucha por la vida.

La paleontología completaba la filiación orgánica de los seres, i el microscopio, penetrando en las intimidades del desarrollo histojenético, descubría en la formación del individuo como en todas las agrupaciones celulares, estas mismas leyes de concurrencia vital, de herencia i adaptación a las circunstancias ambientales.

Pasteur, estudiando la fermentación láctica, había reconocido el germen que la producía, i comparando su acción con la de otros organismos semejantes, había comprobado experimentalmente el principio de la continuidad de las generaciones i resuelto el problema, hasta entonces todavía oscuro, de la nutrición elemental.

Hormigueaban las ideas en aquella atmósfera de hirviente actividad científica i cada idea era un nuevo resplandor que iluminaba un mundo desconocido.

Sin embargo, aun se consideraba la vida como un fluido distinto, independiente, extraño, que escapaba a las leyes del movimiento universal.

Berthelot descubre entonces la síntesis de los cuerpos hidrocarburos que se creían el privilegio de este laboratorio oculto, mientras Claudio Bernard, estudiando las propiedades comunes que los animales i las plantas presentan en sus funciones elementales, liga por relaciones inmanentes los dos reinos, los somete luego, con genio i atrevimiento incomparables, a las mismas condiciones físico-químicas que gobiernan el resto de la naturaleza, funda el determinismo experimental de los fenómenos biológicos, i desposa para siempre el mundo inorgánico con la materia viva.

De este modo el universo entero venía a unirse al hombre por las leyes de una causalidad eterna i continua, i solo faltaba para completar este concierto que la actividad social se uniera también a él bajo el régimen de una filosofía superior.

Llena Augusto Comte este vacío, i sintetizando todo el saber

abstracto de la época, encarna esta unidad científica en el espíritu de su jerarquía enciclopédica.

Un trabajo intelectual tan vasto i tan estenso, que removia todo el viejo terreno de las discusiones académicas i de la especulación subjetiva, no podia pasar desapercibido para Manuel Barros, que buscaba cabalmente en aquel medio horizontes de luz i de verdad.

Estas corrientes debieron arrastrarlo con fuerza tanto mas poderosa, cuanto que ellas se dejaban sentir al mismo tiempo en el campo de la medicina, objeto particular de sus estudios.

Esta ciencia, en efecto, abandonaba, al fin, su vestidura secular, para ocupar el rango que le correspondia en el saber moderno. Los progresos de las demas ciencias le habian abierto el camino de su desenvolvimiento propio. La física, la química, la biología le ofrecian su concurso, le prestaban sus instrumentos de comprobacion i de análisis, i le ayudaban a esclarecer el proceso mórbido con los datos, ya bastante numerosos, de la anatomía i fisiología normales.

La nosología era su fuente empírica, enriquecida en el trascurso de las edades.

Tenia los materiales para su renovacion científica i con ellos principiaba a constituirse.

Localizadas las enfermedades en los diversos órganos del cuerpo, era necesario conocer el mecanismo de su produccion i de sus múltiples manifestaciones sintomáticas.

Sin tal conocimiento, no es el síntoma mas que un signo grosero de diagnóstico.

Virchow advierte la importancia del problema i penetra al traves de los órganos i los tejidos hasta los últimos elementos donde se radica la vida. Allí estudia las alteraciones de que son el sitio, sus mas íntimas perturbaciones funcionales, sus dejeneraciones i su muerte. Busca en la célula la expresion mas simple del fenómeno morbozo, i hace de la patología celular la base indispensable de toda investigacion patojénica futura.

Los estudios de Pasteur sobre las fermentaciones i el descubrimiento de la bacteridia carbonosa hecho por Davaine, permi-

ten al primero desarrollar mas tarde la teoría de la infeccion, que, esplicando el oríjen de la mayor parte de las enfermedades, ha venido a definir la cuestion talvez mas oscura i difícil de la medicina.

Así se esclarece la etiología i patojenía del proceso mórbido, i las antiguas doctrinas ruedan ante los hechos positivos suministrados por la química de la nutricion, la anatomía patológica i el mas completo conocimiento de las funciones orgánicas.

Sin embargo, es menester ir mas allá para que esta ciencia alcance el valor i la precision de sus conjéneres.

Miéntras los fenómenos patológicos no sean sometidos a un determinismo riguroso, toda prevision es imposible. La accion del médico es incierta i sus resultados fortuitos o ilusorios.

Claudio Bernard, que no ve en estos fenómenos sino manifestaciones especiales de la vida, comprende que, rejidos por las mismas leyes, las condiciones que los producen pueden i deben ser fijadas como se fijan las condiciones espermentales de un fenómeno fisiológico. Aplica a la patología i a la terapéutica este método, hace de la clínica i del laboratorio, de la observacion i la esperiencia, dos procedimientos de una sola lógica, i dando a la medicina el carácter i el prestigio de una ciencia exacta, enseña al hombre a prever estos procesos i a regular o detener su marcha i sus complicaciones.

Esta fué la escuela en que hizo Manuel Barros su aprendizaje médico. Por sus estudios anteriores estaba preparado para conocer el espíritu que la animaba. Puede decirse que durante los seis años de su permanencia en Europa, él la vió formarse, crecer i desarrollarse, impregnándose de sus tendencias i participando de su propia evolucion.

La medicina se le presentó, por lo tanto, desde el primer momento, como una ciencia que tenia estrechas conexiones con los fenómenos jenerales de la vida. Así la consideró siempre, i este fué el criterio que dirijió sus trabajos i su práctica. Su educacion biológica, como las aptitudes inductivas de su razon, lo apartaron forzosamente del empirismo.

Tenia el concepto positivo de la enfermedad.

Esta no era para él la reproduccion de un cuadro nosológico al cual debia oponerse un cuadro determinado de medicamentos. Era mas bien un conjunto de perturbaciones orgánicas dependientes de una lesion inicial, que, comprometiendo en su desarrollo diferentes funciones de la economía, provocaba en ella una serie de procesos mas jenerales i mas simples que se revelaban por sus reacciones sintomáticas respectivas.

El conocimiento de estos procesos debia ser la base científica del médico i la fuente de sus indicaciones terapéuticas.

El enfermo era siempre para Barros un objeto de observacion i de estudio. Veia en cada síntoma un problema i en cada hecho nuevo un motivo de investigacion que despertaba su ingenio.

Ante las dificultades del diagnóstico agotaba los elementos de su preparacion enciclopédica, i tanto en su clínica como en su laboratotio i en el ejercicio privado de su profesion, el estímulo del saber i el deseo de producir una accion consciente prevalecian sobre las influencias mas imperiosas de la medicina empírica.

Aunque dedicado especialmente a la cirugía, no era un ciego artífice del cuerpo humano. Sabia demasiado que la mas pequeña lesion orgánica estaba estrechamente relacionada con el funcionamiento de la máquina comun, i que, por consiguiente, el arte, que con tanto esmero cultivaba, debia subordinarse tambien al conocimiento completo de la patología, que le daba los fundamentos de su prevision i de sus aplicaciones.

Por esto, si era un hábil cirujano, sobresalia igualmente como médico, i en tal carácter se distinguia por la claridad de su criterio, la seguridad de sus opiniones, la penetracion de su vista.

Poseia el tino i la perspicacia de un observador experimentado, pero no eran éstas las cualidades vulgares de que un práctico feliz puede jactarse.

Los juicios de éste son fortuitos i apenas certeros en los casos mas conocidos i comunes.

El verdadero talento médico procede de otro modo.

La apreciacion del enfermo es el resultado de un trábajo rápido

i silencioso del pensamiento, al cual concurren hechos semejantes que se comparan, una teoría que los liga i un poder inductivo innato o adquirido que los sintetiza en una conclusion determinada. El médico juzga i avalora de este modo los síntomas fundamentales que se le presentan, i con ellos reconstruye en su cerebro el síndrome mórbido correspondiente.

Así procedía Manuel Barros. El secreto de su criterio práctico estaba en las facultades jeneralizadoras de su espíritu.

Con tantas aptitudes técnicas como tenia, con tanta preparacion intelectual, con tanto fervoroso entusiasmo i decidida inclinacion a la ciencia, no es extraño que al ocupar la cátedra de clínica quirúrgica de nuestra Escuela Médica, mostrándose un maestro ya formado, diera tan insólito impulso a su enseñanza.

Hasta entónces solo habia pensado en enriquecer su mente. Al subir a esta cátedra, iniciaba tambien su vida pública, entraba a compartir con los demas su saber propio, i sentia la doble responsabilidad de su majisterio i de sus actos.

Manuel Barros se mantuvo siempre a la altura de este puesto.

Testimonio de sus afanes i de su labor infatigable son los numerosos discípulos que oyeron sus lecciones i lo acompañaron en sus tareas, el luminoso archivo de su clínica, la numerosa serie de observaciones exactas en que grabó el recuerdo de su investigacion constante i de su eximia capacidad profesional.

Allí estudió durante largos años la accion de los anestésicos, ensayando las diversas sustancias que con este objeto se reconocian. Allí practicó las mas difíciles i atrevidas operaciones de la cirugía moderna. Allí recojió el riquísimo arsenal de datos que le sirvieron para sus trabajos sobre «*Las heridas penetrantes del Abdomen*» i el «*Tratamiento de los aneurismas*».

Su clase fué un modelo que fijó la norma de la enseñanza quirúrgica de nuestra Facultad de Medicina; i este espíritu de progreso, que en tan alto grado manifestó como profesor, no dejó de estimularlo tampoco ni un instante cuando, llevado al Decanato de esta corporacion, pudo influir directamente sobre la marcha jeneral de sus estudios.

Ellos le deben la mayor parte de las reformas incorporadas en su programa actual, como le deben la tendencia práctica, i científica a la vez, que han alcanzado en su desenvolvimiento. Desde las nuevas instalaciones de nuestra Escuela Médica, hasta los diferentes ramos agregados a su enseñanza, obra suya han sido casi todos los adelantos realizados.

¿Por qué hemos de negarlo? Grandes méritos se han conquistado tambien otros; pero el fue él alma de nuestra Facultad durante largos años.

Como Decano de ella, i como miembro del Consejo de Instruccion Pública, luchó tenazmente contra la corriente empírica de los estudios, i logró levantarlos i robustecerlos, infundiéndoles la savia vigorosa de una cultura jeneral mas elevada.

Manuel Barros comenzaba a intervenir eficazmente en el desarrollo de nuestra educacion i en los destinos de su patria.

Se estendia la esfera de su accion social, i al estenderse, se diseñaba su personalidad con otros tintes i otras cualidades superiores que, arraigadas de antemano en su espíritu i en su corazon, solo esperaban una ocasion propicia para manifestarse.

La biología, que habia determinado su vocacion médica primero, i esclarecido despues en su pensamiento el concepto positivo de los fenómenos que se producen en el organismo enfermo, habia de llevarlo al mismo tiempo, por una comparacion intuitiva de su espíritu, a la mas alta i correcta apreciacion de los intereses humanos.

Los principios de orden, de jerarquía i subordinacion, que aparecen naturalmente como lazos de union i sociabilidad en el conjunto de los seres vivos; las ideas de organizacion i correlacion funcional, que nos obligan instintivamente a comparar nuestra sociedad a un organismo, i a pensar que ella tambien está sujeta a esa misma solidariedad que gobierna las agrupaciones mas elementales; la evolucion de las especies i la conservacion i trasmision de los caracteres hereditarios, que nos recuerda el progreso i decadencia de las razas; la influencia de los medios i las circunstancias ambientes, que se dejan sentir en lo moral

como en lo físico; todas estas imágenes sugestivas, todas estas semejanzas reveladoras conducen lógicamente a sobreponer la vida social a la vida orgánica, i a reconocer en sus fenómenos las necesarias manifestaciones de una actividad rejida por leyes fijas i condiciones especiales.

El concepto de esta regularidad del movimiento social, dentro de una atmósfera perturbada a menudo por accidentes tan distintos, hubo de darle a Manuel Barros, junto con la conciencia de nuestro desenvolvimiento colectivo, un criterio templado i sereno para juzgar las acciones de los hombres.

Tal influencia ejerció en él esta disciplina de su mente, que, si alguna vez fué su alma violentamente ajitada por la pasión política, muy luego volvió a sentir en ella el soplo refrescante i el aliento pacificador de sus jenerosos ideales.

Desinteresado en sus fines, recto en su conducta, era tolerante i benévolo con los otros. Su carácter tenía la firmeza de las convicciones honradas; pero no veía en la lucha de las ideas un antagonismo de mezquinos intereses, sino fuerzas i factores poderosos que concurrían al progreso comun.

Al cultivo de estos mismos sentimientos sociales contribuyó no poco el ejercicio de su profesión que, poniendo en juego sus mejores facultades sensitivas i estrechando los vínculos que lo ligaban a sus semejantes, hubo de fortalecer también sus inclinaciones humanitarias.

Al lado del enfermo él era un sacerdote, un sabio i un amigo. Confortaba los corazones decaídos, alentaba las esperanzas muertas, tendía el ala protectora de su bondad infinita al sufrimiento i la desgracia. Cuando entraba en los hogares se pintaba en todos los semblantes la alegría. Parecía llevar en su cabeza una apacible aureola de confianza.

Así la medicina, dilatando el campo de sus relaciones afectivas, venía a completar la evolución moral de su carácter, como la biología había completado indirectamente su evolución intelectual, induciéndolo a considerar los fenómenos sociales dentro del orden jeneral del Universo.

Con este conjunto de hermosas cualidades hemos conocido a Manuel Barros en la madurez de su existencia.

A ellas se agregaba todavía una esmerada cultura literaria que refinaba las delicadezas de su espíritu.

Sus vastos conocimientos, sus nobilísimos anhelos, sus ideales de progreso, lo señalaban entre los mas distinguidos miembros de nuestra Universidad.

Cuando fué elegido rector de esta corporacion, una era de reformas i adelantos se abrió para la instruccion pública de Chile.

Grave es la responsabilidad de este puesto, i no lo desempeña cumplidamente quien no abarca toda la estension de sus funciones.

Por una feliz inspiracion de nuestros lejisladores, a la Universidad se ha encomendado la supervijilancia jeneral de la enseñanza. Ella interviene principalmente en los estudios secundarios i superiores, que están llamados, por una seleccion democrática bien dispuesta, a formar las clases directivas de la sociedad. A ella corresponde dictar el programa de estos estudios, preparar i elegir a sus profesores, infundirles el espíritu que han de comunicar a sus alumnos, i gobernar, con un fin patriótico determinado i con un alto propósito de perfeccionamiento moral, esta máquina compleja i delicada que modela i pulimenta la conciencia de los niños i es capaz tambien de triturar el alma de un pueblo entre sus ruedas.

Manuel Barros comprendia toda la importancia de su mision.

Principió por modificar el plan de los estudios secundarios para acomodarlo a las recientes necesidades que nuestro desarrollo industrial habia creado.

No era esta una satisfaccion insustancial i vana. Lo preocupaba la suerte de los numerosos jóvenes que ántes de haber terminado sus últimos años de humanidades se retiraban de las aulas escolares obligados por las exigencias prácticas de la vida. Era indispensable que estos jóvenes recibieran, por lo ménos, en su primera educacion, un conjunto armónico de nociones elementales destinadas a ilustrar su entendimiento i a regular posteriormente sus aptitudes especiales.

Con este mismo objeto fundó la enseñanza industrial i agrícola en algunos liceos de la República, i de igual manera trató de estimular en estos establecimientos el cultivo de las ciencias, dotándolos de los materiales que su aprendizaje requería i mejorando en cuanto pudo la situación económica de sus profesores.

Estimaba que los estudios secundarios no solo son la base de las profesiones superiores, sino la única disciplina mental de muchos hombres i el único bagaje con que suelen llegar al cumplimiento de sus deberes cívicos.

Dominado por este pensamiento, no le bastó remover el edificio completo de la enseñanza, cambiar sus programas i mejorar sus métodos. No le bastó crear laboratorios, abrir nuevas clases, establecer otros liceos, i hacer resonar en las bóvedas silenciosas del claustro universitario las vibraciones del movimiento intelectual moderno.

Se propuso también uniformar las tendencias del profesorado, infundirle su entusiasmo, despertarle el sentimiento de su augusto majisterio, i transmitir con él por toda la extensión de este país el eco repetido de una misma aspiración rejugadora.

Tal fué el origen del Congreso Jeneral de Enseñanza Pública que se reunió en Diciembre del año próximo pasado, i que, por estrañas disposiciones de la suerte, vino a ser para este campeón infatigable la mas bella jornada de su vida i el último destello de su espíritu.

Guarden los buenos la memoria del varon esclarecido i recto. Manuel Barros no tuvo odios. Fué un apóstol de la verdad i del bien.

Quiso hacer de la Universidad un templo para la ciencia, un amparo para el derecho i la justicia, un abrigo para los hombres que, combatidos por la anarquía moral i política que atravesamos, buscan el calor de un nuevo ideal.

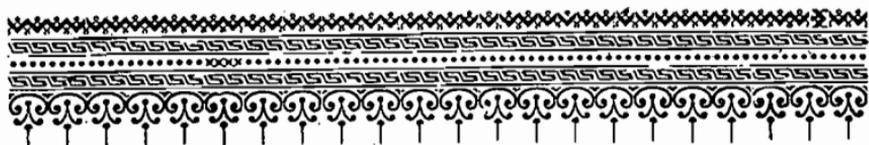
Se le creyó sectario, sin embargo, i la sinceridad de sus actos fué desconocida por sus enemigos.

Ellos también estaban en la lucha, i el humo del combate nubla a veces la vista i oscurece el horizonte.

Respetemos su recuerdo i honremos sus virtudes.

No olvidemos que todas las crisis sociales tienen término.

Cuando un réjimen caduca i otro principia a levantarse envuelto en las espesas nubes de su oriente, se ven vagar todavía mucho tiempo, en la indecisa penumbra de ese largo crepúsculo, todos los fantasmas de la miseria humana. El interes individual se sobrepone al interes comun i las palabras a la idea; las pasiones se desencadenan como víboras rabiosas, i las almas justas sufren persecuciones i violencias. Pero, al fin, llega un momento en que el sol rompe las nubes i clarea la mañana. Entónces los que han sembrado el odio, la desconfianza i el desórden, se esconden en las postreras sombras de la noche, miéntras cantan gozosos el himno eterno de la verdad i del amor triunfantes, aquellos que supieron distinguir los albores del naciente dia.



A LA MEMORIA

DEL

Doctor don Manuel Barros Borgoño

Rector de la Universidad

COMPOSICION LEIDA EN EL ATENEO DE SANTIAGO I SALON
CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD

POR

DON DIEGO PUBLÉ URRUTIA

Hé nos aquí, todavía,
taciturnos moradores
junto a un lago evaporado;
contemplando, noche i dia,
este abismo sin rumores,
este oscuro mar callado;

este vacuo monumento
que al silente paso invita
i entre cuyas sombras yerra,
viudo i triste, el pensamiento
de aquel hombre que hoi habita
bajo cuatro piés de tierra.

Aquí estamos los que luchan,
los que van a campo abierto,
los vencidos del mañana,
los que guían, los que escuchan,
los que cruzan el desierto
con la ignota caravana:

toda esa grei que en la vida
marcha por vario camino,
sigue distinto rebaño,
junto a la tumba está unida
de este jentil peregrino
para quien nadie fué extraño.

El nos une cuando todo
nos separa, cuando nada
nos acerca... Bendigamos
al mortal que de este modo
lanza flores de la Nada
sobre el suelo que cruzamos;

i alegremos nuestras frentes
con estas rosas postreras
de su alma, presa del hielo:
tan clara como esas fuentes
que guardan las cordilleras
para las aves del cielo...

¡Cómo se aferra esta sombra
a nuestras almas inquietas,
nacidas para el olvido:
abismos en que se escombra
todo amor i en cuyas grietas
tiene el orgullo su nido!

¡Cómo vemos, cada tarde,
desde el barco que nos lleva,
su pálido cuerpo errar,
bajo cada estrella que arde
i a cada ráfaga nueva,
sobre los llanos del mar!

Pasa el tiempo; dan las horas
su golpe en la gran campana

que en este peregrinaje,
con voces consoladoras,
anuncia a la raza humana
que llega el eterno viaje;

nace el viento i muere el viento;
se trueca el árbol frondoso
en esqueleto sombrío,
que es el mudar su elemento...
i al vuelo sigue el reposo
i al entusiasmo el hastío;

a nuestras propias miradas
sueños, pasiones de un día,
vemos morir en el centro
de nuestro pecho olvidadas;
que hai una esfínje sombría
que los devora acá adentro,

i sin embargo esta vaga
Sombra, este Espectro amigo,
ni se vá ni desvanece;
i a cada sol que se apaga
mas nos arrastra consigo
mas se hace carne i mas crece.

Lo vé el discípulo amante
junto al cadáver desnudo
o en el sitial solitario,
cuando en la torre distante,
del trabajo noble o rudo
marca el comienzo el horario.

I se le escucha a deshora,
marchar, a pasos callados,
con la nobleza de ayer,
bajo la comba sonora
de los claustros desolados
del palacio del saber....

I aquí mismo ¿quién pudiera.
sino él, unir nuestras manos
que el diario luchar divide,
en torno a esta mansa hoguera,

bajo esta tienda de hermanos
donde su espectro preside?...

Grave leccion la que evoca
este vivir de ultratumba;
no la olvide el egoismo:
nadie llora por la roca
que, sola al fin, se derrumba
como un pária en el abismo.

.....
.....

¿Por qué te fuiste, tan luego?...
Por qué dejaste este mundo
por un país tan remoto,
¡oh, viajador sin sosiego!
tú, que del barco errabundo
eras el solo piloto?

Tú, que rasgabas las brumas
con rumbo a un polo distante
preñado de lobregueces;
tú, que eras en las espumas
velámen, viento, cuadrante,
¡ hasta el alcion, muchas veces?...

Todo se acuerda de tí,
todo te pide ¡ te llama,
desde el amigo a la flor
que cultivabas aquí;
¡ hasta el dolor te reclama,
qué era tu hermano el dolor.

Arbol hai, que por tu mano
tuvo el agua bienhechora
que le encumbrara hasta el cielo;
¡pobre de él! no espere en vano
que le respeten ahora
el viento, el hacha o el hielo.

Ni espere esta Patria oscura,
que viera blanquear tu tienda
en su mas alta colina;
que otra mayor desventura

llegue a turbarla en la senda
por donde, a ciegas, camina.

Que un corazon que se apaga
o una sien que el terremoto
parte en estas soledades,
son faros que el mar se traga
en archipiélago ignoto
poblado de tempestades!...

¡Pobre Patria! Como nieve,
silenciosa i prematura,
que amortaja un monumento,
i le turba i le conmueve,
i le rasga i le tritura
desde el ábside al cimientó;

tal la pena, el ansia loca,
la flaqueza i el cinismo
van cubriendo sus murallas,
levantadas, roca a roca,
desde el fondo del abismo
i al fragor de cien batallas!

Algo enerva su alma altiva,
cardo vil sus campos llena,
ya no cantan sus montañas;
vive terca i pensativa...
¡sabe Dios la horrible pena,
que le quema las entrañas!

Yo no lloro: siento i grito
mi dolor al ver la Raza
que cual débil peregrino,
de este páramo infinito
que hoi a vuelo el mundo pasa,
se ha tendido en el camino;

i me apena ver caer
asaltados por la muerte,
en la eterna fosa fría,
a los lázaros de ayer
de este pueblo, noble i fuerte,
pero ciego todavía.

Hubo un siglo... no está lejos,
aun se escucha, claramente,
su vanguardia de clarines,
i aun nos ciegan los reflejos
de la cota refulgente
de sus altos paladines;

siglo de oro, en que a manera
de nacer precoz de flores
sobre viejo campo yerto,
surjió una ancha primavera
de serenos sembradores
sobre este árido desierto.

I tu fuiste, ¡oh, Sombra amiga!
uno de ellos; tú sembraste,
con tu ejemplo i con tu labio,
esta fé, que no fatiga,
firme ariete del contraste,
noble azote del agravio;

este horror por todo aquello
que es indolencia, esta guerra
contra el mal, la audacia erguida
i el egoismo: vil sello
que hoi marca esta pobre tierra,
de mercaderes guarida!...

¡Duerme! ¡Duerme!... Sabe solo
que no es eterno el quebranto.
Corre un temblor de esperanza
desde el desierto hasta el polo.
Siempre el placer siguió al llanto
i el oleaje al agua mansa...

I miéntras llega la hora
de que la nueva mañana
derrita la escarcha dura
i de que el agua invasora
arrastre la muerte liana
que aplasta la linfa pura;

i en tanto que valga al bueno
mejor dormir que escuchar

este llorante clamor
de que el espacio está lleno,
desde la sierra hasta el mar
desde el palacio al alcor;

¡Oh, espíritu fuerte i noble,
por quien ajito el cordaje
de un arpa hasta ayer inerme;
como a la sombra de un roble,
bajo el eterno ramaje
de nuestro amor, duerme! duerme!...

